

J. de ROMILLY, *Les grands sophistes dans l'Athènes de Périclès*, ed. de Fallois, Paris, 1988, 335 págs.

Con un título simple pero llamativo que convoca a los protagonistas fantasmales ("comme dans la pénombre d'une caverne, nous voyons se dessiner des silhouettes..."), p. 314) de la época más conocida y brillante de Atenas, la de Pericles, Jaqueline de Romilly ofrece ahora a un amplio público de lectores un libro atractivo que rescata de la obscuridad y, ¿por qué no?, del obscurantismo de la tradición y de sus juicios condenatorios, a las figuras de los primeros "sofistas" o sabios (Protágoras, Gorgias, Antifonte, Hípias, Pródico, Trasímaco) que, imprimiéndole un movimiento de extremo dinamismo, propiciaron el cambio cultural por el cual en gran parte Grecia está aún viva en la cultura occidental y entre nosotros.

El interés por los sofistas se ha incrementado mucho en los últimos veinte años, en particular después de que apareció la todavía indispensable edición de sus fragmentos con traducción y comentario de M. Untersteiner (1949-62), seguida de cerca por una traducción de los mismos al francés (J. P. Dumont, 1969) y otra al inglés (R. K. Sprague, 1972). En 1971, por ejemplo, W. K. C. Guthrie, el autor de la más acreditada y reciente historia de la filosofía griega, que desafortunadamente ha quedado inconclusa por su muerte, publicó por separado, extrayendo los temas de esa serie cambridgense, dos volúmenes —*Socrates* y *The sophist*— destinados evidentemente a satisfacer la gran demanda del público culto y no solamente de los especialistas. Todo ello se explica. La figura de Sócrates, parteaguas de la filosofía griega como decía F. M. Cornford, su vida —con el proceso que determinó su fin— y su elevado pensamiento moral siguen ejerciendo una gran fascinación entre los hombres modernos. Los sofistas, por su parte, se han vuelto más actuales y cercanos por su racionalismo y su escepticismo, como sugiere De Romilly, en una época como la nuestra donde el relativismo impera tanto en las teorías como en las almas. Dos coloquios internacionales sobre los sofistas, con sus densos volúmenes de actas, una voluminosa recopilación de estudios sobre la sofística y varias monografías recientes,<sup>1</sup> al mis-

<sup>1</sup> Para las actas de los coloquios cf. G. B. KERFERD ed., *The Sophists and their Legacy* (Proceedings of the Fourth International Colloquium on Ancient Greek Philosophy at Bad Homburg 1979) (Hermes Einzelschriften 44), Wiesbaden, 1981; B. CASSIN ed., *Le plaisir de parler. Études de sophistique com-*

mo tiempo que son testimonios fehacientes del renovado interés por estos pensadores y educadores, fueron sin duda alguna un poderoso acicate para que una estudiosa como J. de Romilly, tan conocedora de la época, dejara de lado su pudor de no-iniciada en los estudios propiamente filosóficos y emprendiera una interesante aventura intelectual: la de intentar reconstruir el diálogo entre los primeros grandes sofistas y la opinión ateniense contemporánea, representada por sus exponentes literarios. Todo ello, definiendo el pensamiento de los distintos sofistas sobre distintos temas, dentro de límites objetivos y científicamente atendibles, y auxiliándose, en su valoración y en la valoración de su influencia, con los testimonios textuales de sus contemporáneos. De este modo, J. de Romilly se inserta en la actual corriente de estudios sobre los sofistas desde su peculiar perspectiva, con un libro que no es ni "de philosophie, ni de philosophe", sino que tiene que ver con la historia de las ideas "entendue au sens le plus large du terme" (p. 13), pero que es, después de todo, un sentido idealista ya notablemente divulgado por aquella tendencia de estudios denominada "Geistesgeschichte" o Tercer Humanismo.<sup>2</sup> La trayectoria intelectual de la autora le concede mucha autoridad tanto por lo que toca al tema de la cultura en la Atenas clásica, como por la intención divulgadora de este trabajo de raíces científicas. Una breve mirada retrospectiva a su producción dará razón de ello.

*parée* (Actes du Colloque de Cerisy), ed. Minuit, Paris, 1986, y *Positions de la sophistique*, ed. Vrin, Paris, 1986. La recopilación de estudios sobre la sofística ha sido realizada por J. C. CLASSEN, *Sophistik* (Wege der Forschung 187), Darmstadt, 1976, 714 pp.

Para las monografías, cf. G. B. KERFERD, *The sophistic movement*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981 (cuya ausencia extraña sobremanera en las indicaciones bibliográficas de J. de Romilly); G. ROMEYER-DHERBEY, *Les sophistes*, Presses Universitaires de France, (Coll. "Que sais-je?"), Paris, 1985; S. ZEPLI, *Studi sul pensiero etico-politico dei Sofisti*, Roma, 1974.

Véanse además: T. M. ROBINSON, *Contrasting Arguments. An Edition of the Dissoi Logoi*, New York, 1979, y, en español, *Sofistas. Testimonios y fragmentos*. Traducción, introducción y notas por A. PIQUE ANCORDANS, Bruguera, Barcelona, 1985; T. CALVO MARTÍNEZ, *De los sofistas a Platón: política y pensamiento*, ed. Cincel, Madrid, 1986 y A. J. CAPPPELLETTI, *Protágoras: naturaleza y cultura*, Caracas, 1987.

<sup>2</sup> Pertenecen a esta tendencia filólogos famosos como W. Jaeger, quien fue su propugnador, M. Pohlenz, W. Nestle (*Griechische Geistesgeschichte*) y B. Snell. Entre los autores menores de esta corriente de estudios, los sistemas *a priori* que ellos presentan, de manera muy esquemática, encierran los hechos históricos en prisiones sin ventanas.



J. de Romilly comenzó estudiando y traduciendo la obra de Tucídides y publicando dos monografías sobre el historiador (*Thucydide et l'impérialisme athénien* en 1947 y *Histoire et raison chez Thucydide* en 1956). Allí, el sentido trágico de la historia tucididea movió sus intereses hacia la tragedia griega, sobre la cual y sobre cuyos autores (Esquilo y Eurípides, sobre todo) escribió entre 1958 y 1970 cuatro volúmenes muy sugerentes e indispensables en cualquier bibliografía sobre el tema.<sup>3</sup> El paso desde la tragedia —un producto indudable del sistema democrático ateniense en su etapa de formación y consolidación— hacia el estudio de la democracia griega y del modo de pensar la ley y las formas de gobierno en los autores clásicos, incluyendo naturalmente a los trágicos, era muy pequeño y De Romilly lo dio, produciendo, entre 1971 y 1977, cuatro nuevos libros.<sup>4</sup> A partir de entonces y como muestra significativa de madurez intelectual y de compromiso cultural, la estudiosa francesa abrió su discurso a un público más amplio, al que fue ilustrando, por ejemplo, sobre aspectos de la tradición literaria, de los valores morales y de la psicología en la Grecia antigua.<sup>5</sup>

Es precisamente en este punto que J. de Romilly produce el presente libro sobre los sofistas para una amplia difusión. ¿Sus motivaciones? “Comment, quand on est spécialiste du V<sup>e</sup> siècle athénien, ne pas souhaiter, au terme de longues études sur les textes de cette époque, remonter enfin à ces personnages si peu connus, mais si importants? À vrai dire, on ne comprend rien à ce que furent ni le siècle de Périclès ni le ‘miracle grec’, si l’on n’a pas une idée claire de la nature et de la portée de leur influence” (p. 10).

<sup>3</sup> *La crainte et l'angoisse dans le théâtre d'Eschyle*, Les Belles Lettres, Paris, 1958; *L'évolution du pathétique d'Eschyle à Euripide*, PUF, Paris, 1961; *Le temps dans la tragédie grecque*, ed. Vrín, Paris, 1971 (trad. del original inglés de 1968); *La tragédie grecque*, PUF, Paris, 1970.

<sup>4</sup> *La loi dans la pensée grecque, des origines à Aristote*, Les Belles Lettres, Paris, 1971; *Problèmes de la démocratie grecque*, ed. Hermann (Coll. Savoir), Paris, 1975; *Magic & Rhetoric in ancient Greece*, Harvard University Press, 1975; *The rise and fall of States according to Greek Authors* (Jerome Lectures, 11th series), University of Michigan Press, Ann Arbor, 1977.

<sup>5</sup> *La douceur dans la pensée grecque*, Les Belles Lettres, Paris, 1979; *Précis de littérature grecque*, Paris, 1980; “Patience, mon coeur!”. *L'essor de la psychologie dans la littérature grecque classique*, Les Belles Lettres, Paris, 1984; *Homère*, PUF (Coll. “Que sais-je?”), Paris, 1985; *La modernité d'Euripide*, PUF (Coll. Écrivains), Paris, 1986.

Es evidente que la influencia de los sofistas trasciende las fronteras de la edad de Pericles o de la época clásica de Grecia y se proyecta a través del tiempo hasta nuestros días. Por ello, en particular, el estudio de estos personajes antiguos podrá satisfacer el interés de los modernos lectores. En efecto, al enseñar el arte de razonar y el libre pensamiento en todas sus formas, y al ocuparse de los problemas del hombre en sociedad, los sofistas crearon en germen muchas de las disciplinas humanísticas de la actualidad (retórica, lingüística, gramática, lógica, estilística, pedagogía, teoría política, psicología y estudio comparativo de las sociedades) y esto no podrá no sorprender e interesar a muchos. Por otro lado, el contacto que este libro procura establecer con las diversas manifestaciones del pensamiento sofístico —pobremente representado ahora en textos originales pero muy resonante en la Atenas periclea y post-periclea— permitirá, según De Romilly, invertir el signo negativo que acompaña indebidamente el nombre de “sofista”, cuando menos para el siglo V. Un estigma, ése, que se generó entre el público ateniense de aquel tiempo y que se consolidó y difundió, llegando hasta hoy en día, por obra del círculo socrático, y sobre todo de Platón, movido en particular por el afán de diferenciar a Sócrates de los sofistas, a quienes confundía entre sí el común del pueblo ateniense.

En este libro J. de Romilly hace plena justicia a los primeros sofistas. En efecto, al examinar con el cuidado metodológico indispensable sus textos y los testimonios indirectos que se refieren a ellos, la autora los presenta en sus múltiples facetas, aunque no en todas (p. 14): como educadores innovadores (cap. II), como hábiles oradores y rétores metódicos (cap. III), como pensadores rigurosos y radicales (cap. IV), como lúcidos humanistas y moralistas (cap. VI y VII) y, en fin, como sofisticados teóricos de la política (cap. VIII).

La tesis que De Romilly desarrolla en su libro —tesis por cierto no novedosa<sup>6</sup> pero documentada aquí con extraordinaria amplitud— es que los primeros grandes sofistas, quienes eran propiamente filósofos, hicieron sí *tabula rasa* de todos los conocimientos pre-

<sup>6</sup> Cf. entre otros M. UNTERSTEINER, *I sofisti*, I-II, ed. Lampugnani Nigri, Milano, 1948 y, en español, F. R. ABRADOS, *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Revista de Occidente, Madrid, 1966, capp. VI-VII (pp. 365-454 y, en particular, pp. 366-367: “Los factores destructivos y constructivos están indisolublemente unidos”) o, en la edición revisada y reducida intitulada *La democracia ateniense*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 309.



vios y los valores tradicionales (el ser, la verdad, la virtud, la vieja enseñanza, los dioses y la justicia), sometiéndolos a una crítica radical en nombre de una razón metódica y exigente, pero no se limitaron al papel de destructores de creencias, sino que propugnarón y crearon (este término aparece a menudo en el libro; valga por todas las demás la página 249) nuevos valores y virtudes para la vida en común, válidos tanto para el individuo como para todo el cuerpo social. Reconstruyeron, así, "un monde à la mesure de l'homme et fondé sur ses seules exigences; dans ce monde, les nécessités de la vie en commun restituaient à la justice, à la bonne entente et aux vertus en général une nouvelle place et un nouveau sens" (p. 319). Para todo eso los sofistas se sirvieron de un nuevo tipo de enseñanza crítica y fundada en el intelecto y en la palabra, que ellos sabían dominar como nunca nadie antes lo había hecho, poniéndola al servicio de un pensamiento riguroso y dotándola de la mayor precisión y riqueza posibles.

En resumen, el rasgo más original del pensamiento sofístico, a juicio de J. de Romilly, es precisamente aquella ligazón entre sus dos aspectos: el aspecto negativo y escéptico y el aspecto positivo y creador. Pero tal ligazón, que inclusive entre los mismos sofistas presentó un carácter de mayor equilibrio entre sus componentes en un principio y tendió a desequilibrarse después,<sup>7</sup> se fue perdiendo muy pronto en el diálogo que ellos sostuvieron con el público ateniense. Pues éste, al vivir en un periodo de crisis, exageró y deformó, tanto en el ámbito de la praxis política como en el de las expresiones culturales (literarias), un solo aspecto de la enseñanza sofística: el aspecto negativo, escéptico y demoledor. En el capítulo V de su libro J. de Romilly nos da amplias muestras de esa deformación a través de las manifestaciones de inmoralidad que, por un lado, Aristófanes, Eurípides y Tucídides, quienes se debían intelectualmente a los sofistas, pusieron en boca de algunos de sus personajes, y que por otro lado, Platón atribuye en particular a aquella muy probable creación suya que es Calicles, un personaje de veras emblemático al respecto, pues es un seguidor fanático de las tesis negativas de los sofistas (pp. 210-216). Es

<sup>7</sup> Aparentemente el equilibrio se rompió después de Protágoras, el sofista más antiguo (pp. 158 y 161-162), pero en otros lugares de su libro De Romilly da razón de un equilibrio que se conserva a través del tiempo, cuando menos con respecto a ciertos temas. Sobre la educación, por ejemplo, tanto Protágoras como el Anónimo de Jámblico y el autor de los *Dissoi Logoi* (ca. 400 a.C.) presentan posiciones semejantes (cf. p. 80).

precisamente aquí, entonces, donde se debe ver, para J. de Romilly, el origen de la mala fama de los sofistas y su consecuente condena en la opinión pública como causantes de la crisis moral que vivió Atenas en el último cuarto del siglo V a.C.

Ahora bien, este libro tan bien escrito, tan agradable de leerse y tan rico en ideas y en documentación de primera mano, interesante y sensiblemente escogida, tiene sin embargo algunos defectos que se ven reflejados puntualmente o bien corregidos en las conclusiones, donde se transparenta también el espíritu moralista de corte tucidideo que recorre todo el libro, y el principio, también tucidideo, por el cual lo que aconteció en el pasado, *mutatis mutandis*, es lección para el presente y el futuro.

Escribe De Romilly que en el diálogo entre los sofistas y su público —un público, como veremos, nunca bien definido—, los primeros tuvieron éxito en un principio, pero confiaron demasiado en sus enseñanzas y muy pronto exageraron el tono; por otra parte, el público que los recibió con entusiasmo, pronto los rechazó, ironizó sobre ellos y cercenó sus ideas dando lugar a “des déformations, des aggravations, des malentendus” que pesaron en la fama de los sofistas a través del tiempo, pese a que su espíritu racional, corrosivo y riguroso posibilitó el florecimiento de la filosofía griega de Sócrates, Platón, Aristóteles y permeó la cultura posterior (p. 320).

Al igual que los propios argumentos *a priori* de un sofista como Gorgias o Antifonte (si el autor de las *Tetralogías* es el mismo que el sofista) no dan razón de todas las posibilidades alternativas reales, aun cuando presentan un encadenamiento de ideas que se antoja muy lógico y natural, también aquí De Romilly esboza una página de historia de las ideas con continuidad y rupturas, ya señaladas en el libro, donde todo parece coherente y necesario sin serlo. Hay, en efecto, dos anillos débiles de la cadena, ambos atingentes al orden psicológico. Uno es la idea de que los sofistas confiaron demasiado en sí mismos y exageraron, pues esta idea nos parece que descansa, por un lado, en fuentes cuando menos sospechosas (Platón),<sup>8</sup> y por otro lado en una difícil, si no imposible, cronología relativa de los sofistas<sup>9</sup> y de sus fragmentos

<sup>8</sup> Cf. por ejemplo las pp. 51, 75-76 (donde De Romilly define como “*prétentions du grand sophiste*” las teorías de Protágoras sobre la educación, haciéndole así eco a Platón), 318.

<sup>9</sup> Es posible reconocer en la autora la existencia, por cierto tradicionalmente aceptada por los estudiosos y por ellos vinculada también a factores



citados por los antiguos siempre fuera de contexto, como reconoce la propia De Romilly, y casualmente conservados. Otro punto débil lo constituye la idea de los malentendidos o de las deformaciones que se generaron, según la autora del libro, porque el público de los sofistas <sup>10</sup> estaba más o menos bien informado y más o menos apto para comprender su pensamiento (p. 16), o porque estaba profundamente ocupado en lo cotidiano (p. 191), o porque estaba movido por pasiones y ambiciones personales (p. 212) (cf. Alcibiades, citado en múltiples ocasiones, pero que la tradición antigua asigna al ámbito socrático más que al de los sofistas). ¿Qué significa esto? ¿Que Eurípides estaba mal informado? ¿El mismo que hospedó en su casa, por ejemplo, a Protágoras? (cf. D. Laercio IX. 54) ¿O que Tucídides no era apto para comprender el pensamiento sofístico? Creo que la misma generalidad de las causas de esa deformación, nunca probadas realmente por J. de Romilly, debilita su tesis. Reclaman, en cambio, sobre todo con vistas a los "innocents lecteurs" del libro, que se incluyan en ese nivel causal, con una fundamentación mucho más objetiva aunque no absoluta, aquellas circunstancias exteriores —históricas, políticas, sociales, económicas<sup>11</sup> y culturales en sentido amplio (incluyendo a la cultura y los valores populares)— de las que J. de Romilly de vez en cuando habla,<sup>12</sup> pero que tiende a poner siempre en un segundo plano frente al papel determinante del factor espiritual,

históricos, de un primer momento de la sofística representado por Protágoras y Gorgias, y de una segunda fase con Hípias, Pródico y los demás. Pero conviene recordar también, por ejemplo, que Protágoras visitó Atenas cuando menos en tres ocasiones (antes de 444, en 423-422 y en 421) y que en la segunda muy probablemente enseñó al lado de Hípias y Pródico (y quizá sí en presencia de Alcibiades, Cármides y Critias del círculo socrático) (cf. Platón, *Protágoras* 314bc-316a).

<sup>10</sup> Este "público" de los sofistas constituye un verdadero problema hermenéutico para el lector, por el uso vago y equívoco que del término hace la autora. A menudo se refiere a los alumnos de los sofistas que recibían sus clases por un pago y comprende, por tanto, a los jóvenes que deseaban ser hombres políticos relevantes en Atenas ("ambitieux" "insolents" "impatients" "arrogants"); pero otras veces por "público" debe entenderse a los intelectuales que frecuentaron a los sofistas y/o fueron influidos por ellos, o bien a los espectadores en el teatro (es decir, al público del "público") o, quizá, al pueblo en general (cf. la "opinión" de la p. 191 o "les hommes épris de connaissance" de la p. 13).

<sup>11</sup> Como mera curiosidad puede señalarse la ausencia constante de los términos "economía" o "económico" en este libro y en los otros de J. de Romilly, a la que corresponde puntualmente la ausencia del nombre de nuestra autora en cualquier bibliografía de los libros de M. I. Finley.

<sup>12</sup> Cf., por ejemplo, en las pp. 185-189, 191, 290 y 320.

psicológico e intelectual.<sup>13</sup> Estamos, así, en el marco de una historia de las ideas donde éstas, desvinculadas de toda realidad material que las genera o condiciona y asociadas únicamente a la realidad cultural literaria, flotan en un todo ideológico “si aisé à tirer dans le sens que l'on souhait”, como la propia autora dice refiriéndose al pensamiento sofístico (p. 173). Hubiera resultado más claro, más convincente y objetivo para el lector, que se le subrayara, sobre todo en las conclusiones del libro, que las exageraciones, los encarecimientos pesimistas o las manifestaciones de inmoralidad,<sup>14</sup> orígenes de tantos malentendidos, fueron dándose al paso del desgaste bélico, de las epidemias y de las muertes, de las dificultades económicas, de las enconadas luchas de facciones, tanto en el nivel de la acción como en el de las ideologías, del cambio de dirección política (desde la época de Pericles a la edad postpericlea) y de los golpes de Estado en 411 y 404-3. En una palabra, de las pulsaciones de la historia, tan aceleradas en Atenas en el breve periodo de los primeros sofistas y tanto más intensas que los cambios señalados en aquella línea etérea y doble de maes-

<sup>13</sup> Desde el punto de vista metodológico, que tiene naturalmente “colas” ideológicas, consideramos interesante reproducir dos pasajes del texto de J. de Romilly en los cuales se aprecia con toda claridad el desliz en que ella conscientemente incurre cuando presenta a los intelectuales o a sus productos —palabras, argumentos— (v.gr., los sofistas y sus innovaciones intelectuales) como creadores de situaciones sociales materiales. En la p. 191 escribe: “Sans une certaine situation matérielle et politique, les penseurs, peut-être, ne sauraient exercer une influence vraiment étendue; mais, à l'inverse, sans les penseurs, la situation [¿cuál?] n'évoluerait pas de façon si nette ou si radicale”, donde por “situación” se entiende sin sombra de duda la “situación material” o la “historia”, como se lee inmediatamente después. En las pp. 191-192 se lee: “Non seulement ils [sc. les témoignages des auteurs athéniens] montrent l'existence d'une crise dans les divers domaines où s'était exercée cette critique des sophistes: ils montrent aussi, par le choix même de leurs mots et des arguments, tout ce que cette crise devait à l'influence directe des sophistes”, donde encontramos la “situación de crisis” en lugar de una expresión como “la interpretación/la comprensión de la crisis”. El subrayado es nuestro.

<sup>14</sup> Cabe notar que las manifestaciones de inmoralidad citadas por De Romilly, que aparecen en los textos literarios (teatrales, filosóficos o históricos), se limitan a algunos personajes y por lo común están contrastadas, alguna vez incluso desventajosamente, con manifestaciones de valores positivos. Puede verse, por ejemplo en el famoso diálogo de los atenienses y los melios en Tucídides (V, 87-111), que, si los primeros dan repetidas muestras de cinismo, los segundos defienden principios positivos (entre otros, el de que “la unión hace la fuerza”). Por otra parte, si bien la historia de Tucídides se caracteriza, en general, por su tono trágico, la moral tradicional que en el fondo se desprende de ella es que el uso de la prepotencia imperialista se paga caro al final.



tros innovadores y de público ambicioso de conocimientos, trazada por J. de Romilly conforme a sus planteamientos iniciales (p. 13).

Por otra parte, aun tomando en cuenta el carácter divulgador y didáctico de este volumen, que obliga a la autora a simplificar las cosas y a trazar grandes líneas ideales (un periodo histórico intenso puede simplificarse sólo idealmente), nos resulta difícil explicarnos una serie de omisiones en el libro. Nos referimos a la ausencia del testimonio de los primeros oradores áticos (Antifonte, Andócides, Lisias o el joven Isócrates) o de Sófocles, por ejemplo, quien se opone a los sofistas y al cambio, pero que es influido también por su pensamiento y les abre un espacio testimonial en sus tragedias (en el libro, p. 113 ss., ¡hasta parece anterior a la sofística!). Pero, sobre todo, nos referimos a la total marginación impuesta por la autora a la mayoría de los atenienses que aparecen, como seres "irracionales" y "crédulos" conforme al muy discutible estigma tucidideo y aristofánico aceptado por J. de Romilly en todas sus obras, sólo en *una* de las páginas finales del libro (p. 321). Aun cuando el interés de la estudiosa francesa estuvo ahora dirigido a los intelectuales atenienses, ese gran público popular debía tener una presencia de algún modo caracterizada a lo largo y en el trasfondo del libro, ya que representó, como reconoce tardíamente la misma autora, "une des faces de ce que fut l'Athènes de Périclès" (p. 321). Pero no una faceta comunicada de la otra —la de los sofistas y de la *intelligentsia* ateniense—, sino estrechamente conexas y hasta concausa de errores y deformaciones del pensamiento sofístico, así como de su fama. En efecto, el pueblo de Atenas constituyó el público amplio de los maestros sofistas (como documenta también Tucídides citado en la p. 190), así como el público de los hombres de teatro por aquéllos influidos y, en fin, el público dialogante, amigo o antagonista, de políticos y sofistas como Antifonte y Critias o de otros "deformadores" de la enseñanza sofística como Alcibiades.

Como quiera que sea y con las salvedades señaladas, este nuevo libro de Jacqueline de Romilly cumple brillantemente con su cometido de rescatar a los sofistas de la pésima fama que rodea su nombre, y nos los da a conocer agradablemente (lo cual es una magnífica hazaña) con toda la amplitud temática y el rigor metódico que caracterizan a su pensamiento.

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA